

Althusser en la crisis del marxismo: la política frente a la “trampa” de la maquinaria estatal

Graciela Inda (IMESC-IDEHESI-CONICET/UNCuyo)

gracielainda@hotmail.com

Mesa 7

Capitalismo, sujeción y dinámicas políticas en las teorías críticas contemporáneas

Disciplina o área de conocimiento

Teoría social contemporánea

Palabras claves

Althusser- luchas populares- política- ideología- Estado

Resumen

Bajo la coyuntura de la crisis teórica y política del marxismo de mediados de los setenta, la cuestión de las luchas de masas suscita en Althusser un trabajo de elaboración y revisión de tesis y conceptos cuyo horizonte último es la recuperación de la potencia crítica de la teoría marxista.

En la senda abierta por el aparato conceptual elaborado durante los sesenta (determinación *en última instancia* por la economía, sobredeterminación y desigualdad de la contradicción, condensación-dispersión de las contradicciones, autonomía relativa e historicidad diferencial de la ideología y la política), entre 1976 y 1978 arremete contra las posiciones que esperan de una inexorable profundización del antagonismo entre trabajo y capital una espontánea movilización política de las masas, reivindicando tanto la importancia decisiva de la lucha política e ideológica como la centralidad política y teórica de la coyuntura, esa condensación de contradicciones desiguales en la que se despliegan de forma siempre singular las luchas.

Contra todo confinamiento de la práctica política de las masas al terreno del Estado (ese aparato especial y separado que se opone a las clases populares mediante el uso de la fuerza, el monopolio administrativo -disciplinario y los mecanismos de interpelación que transforman el poder violento en poder consentido), insiste en que si bien las organizaciones populares están obligadas a reconocer y estudiar en detalle las formas específicas de cada poder estatal no deben “dejarse atrapar por ellas”. Ante el dilema político de si las clases populares pueden construir poder propio en el seno del Estado

capitalista para transformarlo desde dentro, Althusser es categórico: las luchas populares no han insistido con el Estado más que para desembocar en la política burguesa.

Introducción

“(…) no contarse historias, única definición del materialismo que he mantenido siempre”
(Althusser, 1992: 225).

Lúcido testigo de la crisis del movimiento comunista internacional y capaz como pocos de anticipar las dificultades teóricas del marxismo, Althusser, sin embargo, no cede al diagnóstico del “fin del marxismo”. Si celebra que la crisis se torne abierta y visible es para comenzar a trabajar en su superación: crisis –subraya- no desemboca necesariamente en derrumbe o liquidación sino que puede traducirse también en liberación, transformación y renacimiento (Althusser, 1977/2008; 1978c/2003).

Confrontando tanto con la esterilización estalinista del marxismo como con las posiciones reformistas y humanistas, propone como estrategia un regreso a las fuentes del marxismo que habilite identificar sus conquistas irrenunciables pero también sus lagunas y límites teóricos -que localizó en las cuestiones del Estado, la política, las ideologías y las organizaciones de la lucha de clases¹-, siempre de cara a la transformación de las relaciones capitalistas.

Haciendo foco en las intervenciones del lapso 1976 y 1978², en esta ponencia busco identificar y examinar los efectos teóricos (tesis, conceptos, delimitaciones) que suscita la cuestión, para nada original sino constitutiva de la tradición marxista, de los mecanismos estatales (represivos e ideológicos) de dominación de las clases populares y

¹ A pesar de que la política y el Estado están en el corazón del pensamiento de Marx, Lenin y Gramsci, “no existe verdaderamente teoría marxista del Estado” (Althusser, 1977/2008, p. 295). Si bien Marx nos ha dejado indicaciones esenciales desde el punto de vista político, desde el punto de vista teórico “nos ha dejado con las ganas” (Althusser, 1978c/2003, p. 73).

² Me refiero a: La transformación de la filosofía (1976), Algunas cuestiones de la crisis de la teoría marxista y del movimiento comunista internacional (1976) Sobre el alcance histórico del XXII Congreso (1976), Nota sobre los aparatos ideológicos de Estado (1976), Historia terminada, historia interminable (1976), Por fin la crisis del marxismo (1977), El marxismo como teoría “finita” (1978), El marxismo hoy (1978), Lo que no puede durar en el partido comunista (1978). Incluyo asimismo el manuscrito editado póstumamente Marx dentro de sus límites (1978) puesto que el dispositivo conceptual que allí despliega Althusser tiene como explícito punto de partida la necesidad de afrontar la crisis del marxismo.

de las formas de organización, movilización y lucha de esas clases. Si bien se trata de una interrogación presente en el proyecto althusseriano desde sus inicios (aunque con distintas intensidades), la coyuntura de la crisis del marxismo lejos de dar lugar a un cambio radical viene a potenciar –como señala acertadamente García del Campo (2003; 2004/2005)- una labor de profundización e insistencia cuyo anclaje central es la recuperación de la capacidad interpretativa y aglutinadora de la teoría marxista.

Si a primera vista puede parecer que algunos de los textos que conforman nuestra materia prima están exclusivamente abocados a intervenir en una discusión política y que no tienen nada que ofrecer desde el punto de vista conceptual, veremos que no es así. Althusser piensa la teoría como una apuesta política, como un rodeo para el correcto planteo de problemas políticos, a la vez que concibe el análisis de coyuntura como una puesta a punto de conceptos y tesis teóricas³. Veamos este despliegue.

La práctica política y el mundo de las ideologías

En la senda abierta por el aparato conceptual elaborado durante los sesenta (determinación *en última instancia* por la economía, sobredeterminación y desigualdad de la contradicción, desplazamiento de la dominancia, condensación-dispersión de las contradicciones, autonomía relativa e historicidad diferencial de la ideología y la política) (1962/1983; 1963/1983; 1965/1990), en los setenta Althusser insiste en señalar que la línea de demarcación entre clases antagonicas *no está dada*, que no brota de las solas condiciones económicas, sino que es el efecto -siempre inestable- de la lucha política e ideológica de clases.

Es en el curso de la lucha de clases, “que no se efectúa jamás en la transparencia”, donde los diferentes grupos sociales explotados, cuya unidad no hay que presuponer, deciden sus posiciones de clase, sus líneas de combate y sus alianzas. “Nada de eso se hace en la claridad de una conciencia pura frente a la pura objetividad de una situación. Porque todo este proceso se halla construido y dominado por relaciones contradictorias que únicamente se realizan y se descubren poco a poco y que

³ Con mínimos cambios, esta ponencia se basa en un artículo de mi autoría titulado “La cuestión Estado/ luchas populares en Louis Althusser (1976-1978)”, publicado por la *Revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*. Vol. XXIII. N° 67. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad de Guadalajara. México. Julio de 2016. Disponible en: <http://www.revistascientificas.udg.mx/index.php/EEES/article/view/2933/5211>.

pueden reservar las sorpresas de la anticipación (sobre-determinación) o del retraso (sub-determinación)” (Althusser, 1976e/2008, p. 253).

Adhiriendo a una posición que encuentra en Lenin, Althusser entiende que una condición esencial de la lucha de las masas es la batalla contra las concepciones del mundo burguesas (que hablan de Hombre, de Contrato, de neo-capitalismo, de nueva clase obrera, de sociedad de consumo, de reconciliación de clases, etc.) mediante la unión con la teoría marxista. Unión entre la lucha obrera y la teoría marxista que piensa bajo la forma de una primacía de la conciencia política de clase (motor del proceso) sobre la conciencia teórica.

La teoría marxista –indica Althusser- no ha sido introducida desde fuera en el interior del movimiento obrero, por el contrario, sólo porque Marx adoptó la posición del proletariado y se hizo intelectual orgánico de dicha clase es que pudo comprender el capital (1976d/1978; 1978d/2008). La lucha de clases obrera es el “verdadero” autor-agente de la crítica de lo real, siendo Marx quien escribe para este autor “infinitamente más grande” (Althusser, 1978c/2003).

Con esta tesis de la interioridad de la teoría marxista respecto del movimiento obrero, Althusser modifica en forma tajante la posición que mantenía a mediados de los sesenta acerca de la exterioridad de la teoría marxista⁴, según la cual esta teoría habría sido importada al movimiento obrero a partir de un trabajo intelectual.

En la medida en que no hay práctica sin ideología, en que toda práctica social, incluida la acción política, se realiza en medio de las ideologías dominantes (Althusser, 1976a/1984), que en sus diversas formas impregnan las prácticas ideológicas del proletariado y sus posibles aliados de clase (1976d/1978), la transformación de la ideología de las masas, que incluye un momento de crítica teórica, se revela para Althusser como una dimensión ineludible de la lucha contra la explotación.

Tal es el sentido, por ejemplo, de su diatriba contra la tesis humanista según la cual los hombres hacen la historia. Lo que sostiene Althusser es que mientras se les

⁴ Cambio de posición que comenzó a gestarse a fines de la década de los sesenta: “(...) si bien la teoría permite comprender las leyes de la historia, no son los intelectuales, los teóricos, sino las masas las que hacen la historia. Es necesario aprender junto a la teoría, pero al mismo tiempo, y esto es capital, es necesario aprender junto a las masas” (Althusser, 1968/1977, p. 18). Al comienzo de la nueva década lo ponía en estos términos: “Marx devolvió en teoría científica al movimiento obrero lo que había recibido en experiencia política” (Althusser, 1970a/1977, p. 68).

hace creer que son omnipotentes como “hombres”, se desvía a los hombres concretos de las clases populares de la lucha colectiva organizada frente a la “verdadera omnipotencia”, la de la burguesía que detenta las condiciones materiales y políticas. El humanismo teórico es una ideología que comanda cierta práctica de clases, que sirve a los intereses de la burguesía incluso (o mejor, sobre todo) cuando es sostenida en el seno del movimiento obrero (Althusser, 1973/1974)⁵.

La denominada “ideología espontánea del proletariado” combina en realidad elementos proletarios con elementos burgueses, por lo general, bajo el dominio de los segundos. Para existir como clase consciente y activa, la clase obrera requiere tanto de la experiencia de las luchas de clases como de los conocimientos objetivos proporcionados por la teoría marxista. Sólo sobre esta doble base puede ser capaz de unificar a las masas en una lucha transformadora. En otras palabras, las clases populares, bajo la hegemonía de la clase obrera, no podrán conquistar una acción política autónoma y transformadora, “(...) más que a condición de liberarse de la ideología dominante, de marcar diferencias con ella (...)” (Althusser, 1976d/1978, p. 104).

Ahora bien, las ideas de emancipación sólo pueden convertirse en “históricamente activas” cuando forman parte de un movimiento de masas. Las ideas no tienen una eficacia propia sino que ejercen su influencia bajo condiciones ideológicas y políticas que expresan una determinada relación de fuerza entre las clases (Althusser, 1978c/2003; 1978d/2008). Hay que considerar “(...) la forma política de existencia de las ideologías en el conjunto de las prácticas sociales” (Althusser, 1976a/1984, p. 29).

Cuando Althusser critica la reducción de las ideologías a meros reflejos o expresiones simples de las condiciones de la infraestructura, reconociéndoles una historia diferencial y una eficacia propia, e indagando en sus formas de existencia (las ideologías tienen una existencia material bajo la forma de prácticas que se organizan en

⁵ En el curso de esta polémica con el teórico marxista inglés John Lewis, y en general, contra la pareja economicismo-humanismo que proveniente del pensamiento burgués penetra en el marxismo, amenazando los cimientos del movimiento obrero y su fusión con la teoría marxista, Althusser presenta la categoría de “proceso sin sujeto”, a la que concede una importancia central y emplea recurrentemente en sus trabajos posteriores. El empirismo en sus diversas formas (historicismo y neo-positivismo) es desde su perspectiva el otro enemigo fuerte de la lucha ideológica del proletariado (Althusser, 1976b/1978).

aparatos⁶) y en sus mecanismos propios (interpelación, desconocimiento del antagonismo estructural entre dominantes y dominados) no lo hace para empoderarlas en forma autónoma. Por el contrario, sostiene reiteradamente que la lucha política e ideológica está anclada en las relaciones de producción de un modo de producción, en una formación social concreta.

Aunque la eficacia de las ideologías puede ser bastante grande puesto que confiere a las otras prácticas sociales “cierta unidad y cierta orientación en una fase dada de las luchas de clases”, la acción que ejercen no basta para cambiar la “naturaleza” y “orientación” de esas prácticas (Althusser, 1976a/1984, p. 31).

La lucha de clases, sostiene saliendo al encuentro de Lenin, tiene lugar en todos los terrenos: en la base, en la política y en la ideología, pero no hay que olvidar que la relación de lucha es, en última instancia, una relación de fuerza, una relación antagónica: “(...) la política es la guerra (de clases) continuada por otros medios: el derecho, las leyes políticas y las normas ideológicas (Althusser, 1976b/1978, p. 31).

Por lo tanto, si bien la lucha de clases política es la única lucha de clases que puede convertirse en realmente ofensiva⁷, constituyendo “(...) la forma más alta de la lucha de clases” porque está orientada a la obtención del poder político (Althusser, 1973/1974, p. 16), no hay que “(...) dejarse obnubilar por lo que sucede en el nivel llamado político” (Althusser, 1976b/1978, p. 44). Volveremos sobre esto.

La temible máquina del Estado

Pasada la segunda mitad de la década del setenta, y una vez más exigiendo que se tomen en serio las palabras usadas por Marx y Lenin, Althusser se interesa en demostrar que el aparato de Estado es una máquina en el sentido fuerte: “(...) es la máquina que transforma la violencia en poder, más concretamente, la máquina que transforma las relaciones de fuerza de la lucha de clases en relaciones jurídicas reguladas por leyes” (Althusser, 1976b/1978, p. 34). “De la misma manera que Marx ha

⁶ Respecto de la cuestión de las ideologías, Althusser considera que su concepción de las ideologías como prácticas materiales insertas en aparatos de Estado permite superar la definición de Marx que se limita a reconocer que las ideologías se sustentan en condiciones materiales (Althusser, 1978c/2003). Sin duda, la teoría de la ideología de Althusser, objeto de numerosas lecturas y críticas, merece en sí misma un análisis detallado que excede los límites de este artículo.

⁷ Althusser entiende, en la línea leninista, que la lucha económica (contra el aumento de la duración de la jornada de trabajo y contra la baja del salario) está limitada en sus efectos porque constituye una lucha defensiva contra la agravación de la explotación capitalista que conduce a la colaboración de clase.

podido decir que «en el traje, el sastre ha desaparecido» (él y toda la energía que ha usado para cortar y coser), en el Estado, todo el trasmundo del enfrentamiento de fuerzas y violencias, *las peores violencias de la lucha de clases, han desaparecido en beneficio de su sola y única resultante: la Fuerza de la clase dominante, que no se presenta como lo que es: exceso de su propia fuerza sobre la fuerza de las clases dominadas, sino como una Fuerza sin más*. Y es precisamente esa Fuerza o Violencia la que es transformada en poder por la máquina del Estado” (Althusser, 1978c/2003, p. 129, cursivas del autor)⁸.

La mayor parte de la actividad del Estado consiste en producir poder legal, es decir, leyes, decretos y órdenes, mientras que el resto de su actividad se aboca a controlar su aplicación por los funcionarios del Estado, sometidos a su vez al control legal. Todo Estado, por despótico que sea, se da sus propias leyes, incluso para violarlas o suspenderlas a su gusto (Althusser, 1978c/2003, p. 127).

Puede decirse que la distinción entre aparato represivo y aparatos ideológicos de Estado (AIE), formulada en 1970 en el conocido artículo *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, se completa y precisa desde mediados de los setenta con un análisis sobre la forma en que interviene cada cuerpo (el unificado de la represión y el diversificado de las ideologías) en el proceso de transformación de la violencia en poder y con una apreciación novedosa de la burocracia estatal en el conjunto del Estado.

Por un lado, reitera la idea según la cual la duración y reproducción de la dominación de clase (todo poder de Estado es un poder de clase), siempre tendencial y conflictiva, exige el concurso de los AIE. Para que el poder del Estado sea duradero “(...) es preciso (y esto lo sabemos mucho antes que Marx, desde que Maquiavelo estableciera la teoría política) que la clase dominante transforme su poder violento en un poder consentido. Es preciso que dicha clase dominante obtenga, mediante el consentimiento libre y consuetudinario de sus sujetos, una obediencia que con la sola fuerza no podría mantener. Para esto es para lo que sirve el sistema contradictorio de las ideologías” (Althusser, 1976a/1984, p. 29).

⁸ Althusser aclara que la fuerza que entra en los mecanismos del Estado no tiene ningún carácter originario ni entra como fuerza pura, pues “(...) el mundo del que proviene está ya, él mismo, sometido al poder del Estado, del derecho y de las normas” (Althusser, 1978c/2003, p. 146).

Por otro, rectificando enunciaciones anteriores⁹, Althusser distingue además del aparato represivo de Estado, aparato de fuerza pública o núcleo duro del Estado (ejército, policía, gendarmería, funcionarios de la justicia y las prisiones, instituciones disciplinarias), y los aparatos ideológicos de Estado, la existencia del *aparato político*, constituido por el jefe de Estado, el cuerpo gubernamental y todas las grandes administraciones del “servicio público”. De esta manera, reconoce una importancia específica a la burocracia del Estado y al gobierno, los cuales ya no quedan subsumidos dentro de los aparatos ideológicos como en el texto de 1970. La centralización jerárquica, la actuación en ámbitos prescritos, la cobertura de una ideología del servicio público, la técnica y la disciplina hacen del Estado un cuerpo especial cerrado a las clases dominadas y sus luchas (Althusser, 1978c/2003).

No obstante, y en esto el planteo de Althusser es contundente, la razón determinante de que el Estado sea un aparato especial que se opone a las clases populares es que funciona por la fuerza pública. Ya sea abierta o invisible, es la condición material del funcionamiento del aparato político y de los AIE. Es la fuerza física pública la que “sostiene silenciosamente” toda la inmensa red de control, de sanciones y de vigilancia (Althusser, 1978c/2003).

Las relaciones entre las clases, incluso cuando se encuentran sancionadas por el derecho y las leyes, son *en última instancia* relaciones de fuerza, anteriores a todo derecho, y necesariamente antagónicas. “La dictadura de la burguesía es dictadura porque no es otra cosa, en última instancia, que esta violencia más fuerte que las leyes. En última instancia, pero únicamente en última instancia, ya que esta violencia no puede ejercerse sin las formas del derecho que la sancionan y la regulan, sin las formas políticas que sancionan y regulan la detentación del poder de Estado por la clase dominante, sancionada por el derecho, y sin las formas ideológicas que imponen la sujeción a las relaciones de producción, al derecho y las leyes de la clase dominante” (Althusser, 1976b/1978, p. 31).

⁹ Un par de años antes de *Marx dentro de sus límites*, Althusser distinguía en el interior del aparato represivo el *aparato político de Estado*, conformado por el jefe de Estado y el gobierno, encargado de representar los intereses generales de la clase dominante por encima de los intereses particulares de sus miembros al tiempo que señalaba que entre los AIE existía un *aparato ideológico de Estado político* o modo de representación de la voluntad popular (representación parlamentaria, por ejemplo) (Althusser, 1976d/1978).

Estado máquina que transforma la violencia en poder consentido, Estado que es una dictadura de clase, Estado que tiene un cuerpo represivo “visible” pero también unos aparatos “invisibles” que trabajan juntos por la sujeción y la división de las clases populares, Estado que juega un papel clave en la reproducción social: tal es el terreno en el que tiene lugar la movilización política y la lucha ideológica de las clases populares.

La política *al margen* del Estado

El comunismo, definido como una sociedad sin relaciones de mercado, es para Althusser el horizonte último de las luchas populares bajo la dirección del proletariado. Todas las tácticas quedan así sometidas a esta estrategia que dista ser una utopía puesto que las iniciativas populares que tienen lugar en las fábricas, en los barrios, en las escuelas, en diferentes países y coyunturas, son ya gérmenes del comunismo. Desde su óptica, el comunismo es una tendencia inscrita en el capitalismo bajo la forma de esbozos y síntomas: colectivización acrecentada de la producción, formas de organización y luchas obreras, iniciativas populares, etc. No es un ideal sino “el movimiento real que se desarrolla bajo nuestros ojos” (Althusser, 1976c/1978, p. 71), una tendencia que existe ya “en los intersticios de la sociedad capitalista” (Althusser, 1978a/1983, p. 11).

Sin embargo, no se trata de un destino fatal. Esta tendencia se encuentra contrarrestada por tendencias opuestas y no puede consumarse sin la lucha de clases política de las organizaciones obreras y populares (Althusser, 1978a/1983; 1978c/2003). Entre esas contra-tendencias, cuyas formas precisas son siempre inesperadas pues sólo pueden resultar del curso mismo de la lucha, Althusser identifica no sólo los efectos de la lucha de clases burguesa (que impone permanentemente formas encaminadas a prevenir y someter las acciones revolucionarias de las clases dominadas) sino también la mala organización, la ausencia de visión teórica y de análisis concretos y la incapacidad de aprovechar el eslabón decisivo por parte de las organizaciones políticas de las clases populares.

Tomando posición frente a los defensores del socialismo democrático por la vía parlamentaria, Althusser señala con tenacidad que la participación de las organizaciones de lucha de la clase obrera y sus aliadas en el parlamento y/o en las elecciones puede constituir una táctica adecuada en ciertas correlaciones de fuerza entre las clases pero

siempre que se tenga en claro que su vocación última no es participar de un gobierno sino “derribar y destruir el poder del Estado burgués” (Althusser, 1976d/1978, p. 96). Para Althusser, el socialismo no es un punto de llegada de la lucha de clases, es una transición contradictoria y no resuelta de antemano entre el capitalismo y el comunismo.

El proletariado, tal como ha sido producido y concentrado por el modo de producción capitalista y educado por sus grandes luchas, está en condiciones de “inventar” junto a sus clases aliadas formas de organización salidas de la base que puedan funcionar “al margen del Estado” y de las ideologías dominantes (como la Comuna de París, los Soviets de 1905 y 1917) (Althusser, 1976a/1984).

Ahora, ¿cómo piensa Althusser esa destrucción del Estado? Contra la idea de aniquilación violenta y total (cosa impensable, a menos que se extermine a todos los agentes del Estado y se supriman todos los servicios existentes) y una vez más basándose en las reflexiones de Lenin, entiende que se trata de un proceso doble: de transformación del dominio de la alta administración militar, policial y política sobre el pueblo en todos los aparatos del Estado y de transformación de las formas de división del trabajo entre los diferentes cuerpos del Estado (Althusser, 1976c/1978; 1978c/2003).

Esa transformación profunda (tal es el sentido del término aniquilación) es estrictamente necesaria puesto que no basta con “poner obreros en los puestos ocupados antes por capitalistas” como tampoco alcanza con “dar órdenes revolucionarias para que sean ejecutadas”. Sólo si se pone en jaque el cuerpo del Estado, en su propia organización y funciones, puede evitarse que un proceso de emancipación termine por perderse en la burocracia y la inercia propia del Estado. Para cada aparato, para cada rama de cada aparato, hay que encontrar la forma justa de transformación, de ruptura con su dominio (Althusser, 1976b/1978).

Para Althusser, como para Lenin, la forma política del dominio de clase del proletariado y sus aliados no es otra que la democracia de masas. La supresión de la división entre el legislativo y el ejecutivo, la eliminación de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual y, sobre todo, la ruptura entre masas populares y aparato parlamentario sólo pueden ser encaradas por una democracia de masas (“y democracia hasta el fin”) que implica la intervención de las masas no sólo en el aparato de Estado

sino también en la producción y en la ideología (Althusser, 1976b/1978; 1976c/1978; 1976d/1978; 1978c/2003).

Una conclusión se torna palpable: ninguna organización de lucha contra el dominio de la burguesía puede tener un peso político efectivo si no está fundada *directamente* en las masas populares, que no es lo mismo que tomar a las masas como base de maniobra. Sólo cuando las masas hacen suyas las consignas de cambio social pueden dar un contenido nuevo a las formas políticas vigentes. De esta forma, ataca abiertamente la concepción según la cual la dirección política detenta de pleno derecho una conciencia, un plan, que luego habría que impregnar desde arriba a las masas, y reclama una práctica que consista en “(...) estar a la escucha de la política allí donde nace y se hace” (Althusser, 1978a/1983, p. 16).

Es vital para las formas de agrupamiento y de acción de las fuerzas populares reconocer que “(...) la política, en el sentido estrecho que le ha dado la burguesía, es sólo una pequeña parcela en el inmenso campo de la lucha de clases” (Althusser, 1976b/1978, p. 51) y que toda posible vía de escape de la dominación burguesa requiere “(...) dar la palabra a las masas que hacen la historia, ponerse no sólo al servicio de las masas, sino escucharlas, estudiar y comprender sus aspiraciones y sus contradicciones, saber estar atentos a la imaginación y a la inventiva de las masas” (Althusser, 1976c/1978, p. 65).

Los partidos comunistas, por ejemplo, no son otra cosa que organizaciones provisionales de la lucha de la clase obrera y sus aliadas, cuya potencia depende “(...) de su relación viva con las masas, con sus luchas, sus descubrimientos y sus problemas, en el seno de las grandes tendencias que atraviesan la lucha de clases: hacia la sobreexplotación o hacia la liberación de los explotados” (Althusser, 1978b, p. 73).

Para Althusser ha llegado la hora de entender que las organizaciones políticas de las masas populares no pueden ser un calco del modelo del aparato político burgués, con una dirección, un aparato de funcionarios, una base de militantes que elige a sus representantes y una ideología de la unidad del partido consagrada a su consenso (1978b)¹⁰. La reproducción de las formas burguesas del saber y del poder conduce a una

¹⁰ En concreto, Althusser señala que el PCF constituye un partido con una compartimentación vertical absoluta calcada del aparato de Estado y del aparato militar burgueses y con una ideología interna esclerotizada e inmóvil que lo han conducido a divorciarse de las bases de militantes y de las masas. Este

práctica política en la cual los dirigentes se separan de las masas y de sus propios militantes obreros.

Hay aquí la detección de un “punto ciego” tanto en Marx como en Gramsci. En tanto ambos permanecieron “paralizados” ante la representación burguesa de la política, fueron incapaces según Althusser de pensar en su radicalidad el problema de la política y de las organizaciones de la lucha de clases. “El hecho de que la lucha de clases (burguesa o proletaria) tenga por escenario el Estado (hic et nunc) no significa en absoluto que la política deba definirse en relación con el Estado” (Althusser, 1978a/1983, p. 13-14). Desde un punto de vista transformador, advierte, hay que avanzar en una crítica de la política tal como es impuesta por la ideología y la práctica burguesa como también en la determinación exacta de las formas en que el poder actúa generando efectos de identificación, de consentimiento y de naturalización entre las masas.

Contra la noción gramsciana de hegemonía

Mientras que Marx sólo pudo esbozar una crítica del carácter jurídico del Estado, la distinción gramsciana entre sociedad política y sociedad civil es una evidencia impuesta por la ideología burguesa contra la que hay que reaccionar, reflexiona Althusser. El Estado no está fuera de la sociedad civil sino que siempre “ha penetrado profundamente” en la sociedad civil a través de su aparato represivo y sus aparatos ideológicos.

El concepto de AIE –asegura- es más adecuado que el concepto propuesto por Gramsci de aparato hegemónico, pues en lugar de definirse solamente por su *efecto* (la hegemonía o consenso) sirve para designar que la hegemonía se ejerce bajo formas que (...) aunque de origen espontáneo y privado son integradas y transformadas en formas ideológicas que tienen una relación orgánica con el Estado. El Estado puede encontrarlas ya prontas- más o menos esbozadas- y- como siempre sucede históricamente- encontrarlas sin haberlas producido él: y no cesa de integrarlas- unificarlas en formas aptas para garantizar la hegemonía (Althusser, 1978a/1983, p. 14).

funcionamiento burgués debe modificarse por completo, continúa, puesto que las masas trabajadoras de Francia, “(...) no pueden vencer en la lucha de clases sin el partido comunista, pero tampoco pueden hacerlo con *este* partido comunista *tal como es* (1978b, p. 61).

El veredicto de Althusser es que sólo por la vía de la reproducción es posible sacar el pensamiento de Marx, Lenin y Gramsci del “atolladero” en que ha permanecido por tanto tiempo. La ausencia de una reflexión acerca de la función del Estado en la reproducción, constituye un “límite absoluto” contra el que chocan no sólo Marx y Lenin¹¹ sino también Gramsci, quien se circunscribe a denunciar los efectos economicistas de la teoría del Estado como instrumento pero “(...) sin añadirle nada interesante, permanece, él también, más acá de la reproducción (Althusser, 1978c/2003, p. 118).

Si en 1976 Althusser entiende que quizás Gramsci reemplazó la expresión dictadura del proletariado por la de hegemonía debido a que su escritura se encontraba limitada por la censura de la prisión, agregando que si se hubiese podido expresar libremente sus seguidores no perderían el tiempo en interpretaciones inútiles (1976b/1978), poco después endurece su postura localizando los límites y las aporías de la noción de hegemonía en las entrañas mismas de la problemática gramsciana¹².

Según Althusser, contra todas las experiencias históricas y los principios de la teoría marxista-leninista, la noción gramsciana de hegemonía de clase, en su ambigüedad, habilita una línea de interpretación¹³ para la cual una clase puede ser hegemónica (esto es, lograr consenso sobre las otras clases, sobre el conjunto de la sociedad) *antes* de la toma del poder de Estado. La hegemonía –asevera- no puede preceder a la toma del poder, no puede existir antes que las condiciones económicas, políticas e ideológicas de su propia existencia. Entraña así un círculo vicioso del que

¹¹ Lenin piensa la separación del Estado pero no se detiene en los detalles de esta máquina especial (Althusser, 1978c/2003).

¹² La lectura que hace Althusser de Gramsci a lo largo de los años tiene sus bemoles. En los sesenta, si por una parte rescata sus análisis de los “intelectuales militantes” como agentes de la lucha ideológica y su crítica al fatalismo economicista (Althusser, 1962/1983), por la otra se opone a su concepción historicista de la teoría marxista (Althusser, 1965/1990; 1967/1990). Entrando en la nueva década, reconoce que Gramsci fue el primero en tener la intuición singular (que no desarrolló) según la cual el cuerpo del Estado no sólo está formado por el aparato represivo sino también por un cierto número de “instituciones privadas” (1970b/1984). En otros textos de los setenta, como estamos viendo, se muestra implacable con la noción de hegemonía. Para un estudio actual de la relación Althusser/Gramsci puede verse Thomas, 2013.

¹³ Althusser menciona a Palmiro Togliatti pero sin duda cabe considerar a otros tantos más, entre ellos a Christine Buci-Glucksmann, cuya línea de abordaje es conocida por sostener que en el esquema gramsciano la hegemonía de una clase (que no se identifica con la fuerza pura, sino que alude a una lucha política e ideológica orientada a hilvanar políticas de alianzas con otras clases o grupos, mediante una ampliación de las instituciones democráticas de base) constituye una práctica de la política *previa* a la transformación de los Estados autoritarios o a la conquista del Estado (Buci-Glucksmann, 1978). Para un análisis actual de las diferentes formas de lectura/apropiación de Gramsci por parte de Althusser, Poulantzas y Buci-Glucksmann puede consultarse Jessop, 2014.

hay que salir puesto que puede paralizar ciertas formas de la lucha de clases (Althusser, 1976b/1978).

Bajo su formato gramsciano, la hegemonía se transforma en una noción imprecisa que abarca procesos diferentes entre sí: la hegemonía de los aparatos hegemónicos “privados” que hacen aceptar sin violencia el poder del Estado, el efecto de hegemonía del Estado mismo sobre el conjunto de la sociedad y la hegemonía del partido de la clase obrera (dirección sobre sus aliados y sobre el conjunto de la sociedad civil). La consecuencia de esto es que pareciera que “todo puede jugarse en el nivel de la Hegemonía” y que hablar de “crisis de hegemonía” implica referirse a una entidad que absorbe y resume todos los conflictos y contradicciones de la sociedad. La lucha de clases asoma, en definitiva, como una “contradicción interna a la hegemonía” (Althusser, 1978c/2003, p. 167-168).

Esa laxitud de la noción de hegemonía, que aparece al mismo tiempo como efecto y causa suprema (bastando que entre en crisis para que vacile el dominio de la clase dominante) encuentra su razón de ser según Althusser en una limitación teórica elemental: Gramsci intenta resolver la cuestión del Estado “en sí misma”, esto es, sin ponerla en relación con la infraestructura, considerando que la distinción marxista entre infra y superestructura es un error economicista de Marx. De ahí que enmascare la infraestructura bajo el concepto arbitrario de sociedad civil y considere la producción como un conjunto de variables estables (Althusser, 1978c/2003).

Asimismo, y esta es otra falencia decisiva a los ojos de Althusser, los aparatos del Estado quedan definidos tan sólo por su efecto (la hegemonía) sin una explicación del proceso mediante el cual es asegurado ese efecto. El concepto de aparato ideológico, por el contrario, pone en primer lugar su “causa motriz” (la ideología). Paralelamente, y esto tampoco es menor, en la fórmula según la cual la hegemonía es el consenso acorazado de coerción, el momento de la fuerza está finalmente dirigido por la hegemonía, quedando los aparatos de fuerza del Estado escamoteados en su realidad y eficacia específica (Althusser, 1978c/2003).

La distinción entre aparato represivo y AIE no puede por tanto ser asimilada sin más a la fórmula gramsciana fuerza+consenso. Warren Montag explica que mientras la fórmula de Gramsci se encuentra asentada sobre la idea de que la dominación de clase

tiene una doble naturaleza que se corresponde a la naturaleza dual del Centauro, mitad animal y mitad humano de Maquiavelo, en Althusser no hay una distinción entre dos órdenes o sustancias, materia y espíritu, necesidad y libertad, según la cual la fuerza se ejercería sobre los cuerpos, mientras que la persuasión se utilizaría para convencer las mentes. Por el contrario, uno de sus logros fundamentales es haber captado la materialidad de la ideología, desechando toda noción de la ideología como error, ilusión o falsedad, perteneciente a un reino inmaterial del espíritu o del intelecto. No hay ideas antes o fuera de la acción sino ideas consustanciales con la acción, acción que a su vez está inserta en prácticas inscriptas en aparatos. Para Althusser, el consentimiento (de la mente) no es la causa de la obediencia (del cuerpo). Rechazando cualquier dualismo, adhiere a una perspectiva para la cual las mismas causas que determinan al cuerpo a obedecer determinan a la mente para dar su consentimiento (Montag, 1996).

Me permito agregar que en la re-lectura que en los setenta hace Althusser de Maquiavelo, al que saluda como el primer teórico de la coyuntura, pueden encontrarse elementos que confirman esa línea de interpretación. No hay en ella una oposición fuerza/consentimiento, todo lo contrario, hay unidad de la fuerza y el consentimiento. Unidad no significa simetría: en el aparato de Estado hay primacía de la fuerza organizada sobre los aparatos ideológicos y además, lo que es crucial, hay primacía de la política sobre el conjunto de los aparatos (Althusser, 1976f/2004). En fin, con esto entramos de lleno en la cuestión de la primacía de la lucha de clases sobre los aparatos.

La primacía del antagonismo entre las clases

Desde la perspectiva de Althusser, el antagonismo entre las clases es permanente, siendo las formas que adopta las que se transforman incesantemente al ritmo de la coyuntura político ideológica. Es por tanto un asunto de primer orden para las organizaciones de las masas populares reconocer esas formas de la lucha de clases para intervenir mediante una acción política propia, imposible de predeterminedar en sus detalles.

Mientras que la teoría burguesa (economía, sociología, etc.) distingue las clases, por un lado, y la lucha de clases, por otro, a menudo otorgando primacía lógica o histórica a las clases antes que a la lucha, siendo la lucha de clases un efecto derivado o contingente de la existencia de las clases, la teoría marxista de las clases es totalmente

distinta: hay identidad entre las clases y la lucha de clases, y al interior de esta identidad hay primacía de la lucha de clases sobre las clases. Las clases no existen primero como tales, cada cual por su lado, hasta que un día “se van a las manos” y unas se imponen sobre otras. Hay primacía de la contradicción sobre los contrarios: la lucha de clases y las clases “son una sola y misma cosa” (Althusser, 1973/1974; 1976b/1978).

El antagonismo que generan las clases no sólo es permanente sino que además presenta la “particularidad sorprendente” de ser desigual. La contradicción que hace existir el modo de producción capitalista, por ejemplo, enfrenta a dos clases desiguales, pues la clase capitalista no es el negativo de la clase obrera ni viceversa. Son clases que no tienen la misma historia, ni el mismo mundo, no tienen los mismos recursos, ni realizan la misma lucha de clases (Althusser, 1975/1977). En suma, la lucha de clases entre burguesía y masas populares es una lucha desigual, que no se lleva a cabo con las mismas prácticas ni en condiciones igualitarias.

Contra la autonomía del Estado y la tesis del atravesamiento

Althusser no sólo defiende la tesis de la primacía del antagonismo sobre los contrarios, tendiente a dismantelar toda política que invite a una colaboración entre clases, sino que también sostiene la supremacía de la lucha de clases sobre el “poder de Estado” (objetivo de la lucha política de clases) y sobre el “aparato de Estado”¹⁴ (el Estado como fuerza ejecutiva y represiva). La naturaleza de clase de la detentación del poder de Estado – aclara- es una tesis central de la teoría marxista: toda la lucha política de las clases gira en torno de la posesión-conservación del poder de Estado por cierta clase o por una alianza de clases o de fracciones de clases.

De la misma manera, el aparato de Estado no conforma un instrumento neutral e indiferente a su detentador. Ninguna clase escoge las formas de su dominio de clase, y cuando se convierte en dominante, conquistando el poder de Estado, “(...) la nueva clase se ve obligada, lo quiera o no, a transformar el aparato de Estado – que ha heredado- para adaptarlo a sus propias formas de explotación y de opresión” (Althusser, 1976b/1978, p. 37). La burguesía, por caso, debió transformar profundamente el aparato feudal como paso necesario para consolidar y conservar su dominio de clase.

¹⁴ Si bien la expresión “aparato de Estado” sugiere que el Estado puede existir antes que su aparato, no es así: el Estado *es* un aparato, un cuerpo con una estructura y una fuerza determinada, tal es su condición de existencia (Althusser, 1976b/1978).

Por tanto, el Estado no conforma, como quiere la teoría burguesa del Estado, una realidad externa o por encima de la lucha de clases que se identificaría con lo que se designa como “interés general”. Por el contrario, el Estado sólo se comprende en función de la lucha de clases y del dominio de clase, puesto que no sólo sirve para intervenciones concretas sino sobre todo para la reproducción de las condiciones generales (jurídicas, económicas, políticas e ideológicas) de las relaciones de producción (Althusser, 1976b/1978).

Si las masas populares, divididas en diferentes clases explotadas, pueden encontrar en los aparatos ideológicos un espacio de resistencia, un espacio para la lucha (Althusser, 1976d/1978) es porque se prolonga la lucha de clases general que domina la formación social en su conjunto¹⁵. Los aparatos ideológicos, en sus múltiples formas, conforman un campo en el cual se expresan los efectos de unas luchas (de clase) que “desbordan” constantemente el campo del Estado. Una ideología no se transforma en dominante en el seno de los aparatos ideológicos de Estado, su poderío se realiza en ellos pero proviene de “otra parte”. “(...) Si bien es verdad que los AIE representan la *forma* en la que la ideología de la clase dominante debe realizarse (para ser políticamente activa) y la forma a la que la clase dominada debe *necesariamente* medirse, las ideologías no *nacen* en los AIE sino que tienen su origen en las clases sociales que intervienen en la lucha de clases: en sus condiciones de existencia, en sus prácticas, en sus experiencias de lucha, etc.” (Althusser, 1976d/1978, p. 104).

Respecto del aparato represivo, como vimos, Althusser sostiene -con Maquiavelo- que el aparato represivo no es un instrumento neutro sino que es la realización de la política en ese ámbito del Estado. El uso de la violencia no sólo se encuentra organizado y legalizado por la intermediación de otras instancias estatales (jurídicas, burocráticas, etc.) sino que además está supeditado a la primacía de la política, y toda política es de clase.

¹⁵ El famoso artículo publicado con el título de *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Notas para una investigación* -parte de una obra mayor sobre la reproducción de las condiciones de producción que desde 1969 en adelante sufrió modificaciones y permaneció inédito en vida (Althusser, 1995)- fue criticado, entre otras cosas, por presentar una definición de los AIE como una forma omnipresente de control de las clases dominantes que no dejaba espacio para pensar el surgimiento de prácticas cuya iniciativa correspondía a las masas populares. En 1976, Althusser se ocupó de dar respuesta a esta objeción en *Notas sobre los Aparatos Ideológicos del Estado*, afirmando la primacía de la lucha de clases sobre los aparatos de Estado, afirmación que por otra parte ya estaba enunciada en las notas al artículo original de 1970 y en otros trabajos de la primera mitad de la década del setenta.

Pero hay una diferencia importante. Mientras que los AIE ofrecen un campo objetivo a contradicciones que expresan los efectos de la lucha de clases, el aparato represivo, organizado en forma centralizada y con una unidad de mando jerarquizada, resulta impermeable, en su núcleo duro, a esos efectos. La organización de la represión, asevera Althusser, no deja lugar a focos serios de resistencia.

Es importante, según creo, no confundir esta tesis sobre la relación lucha de clases/aparatos con un supuesto atravesamiento del Estado por la lucha de clases. Sobre la base de esta distinción es que creo debe comprenderse la provocadora afirmación sobre la separación del Estado de las luchas de clases formulada en *Marx dentro de sus límites*.

En oposición a los discursos que afirman que el Estado se encuentra atravesado por la lucha de clases, Althusser hace una defensa deliberadamente provocativa de la tesis de Marx y Lenin según la cual el Estado es un instrumento en manos de la clase dominante. “Con total seguridad el Estado está separado de la lucha de clases, porque está hecho para eso, y por eso es un instrumento. ¿Imagináis un instrumento, utilizado por la clase dominante, que no estuviera separado de la lucha de clases? ¡Correría el riesgo de estallarle entre las manos a la primera ocasión!” (Althusser, 1978c/2003, p. 90, cursivas del autor).

Sin embargo, no basta con refrendar la fórmula que dice que el Estado es un instrumento del dominio de clase, pues aún hay que saber qué es lo que lo compone y cómo funciona (Althusser, 1976b/1978). Como ya vimos, el Estado queda mejor definido como una máquina, como un aparato que opera una transformación esencial para la reproducción.

En oposición a otros teóricos marxistas contemporáneos que reclaman el abandono de la teoría instrumentalista del Estado, Althusser conserva la palabra instrumento de la teoría marxista clásica, pero lo hace –paradójicamente- sin reducir el Estado a un instrumento. La coyuntura política e ideológica, en la cual combate contra las posiciones que considera reformistas, seguramente es decisiva en esta elección que apuesta por mostrar que el aparato de Estado está separado para poder intervenir en la lucha de clases “en todas las direcciones”, esto es, no sólo contra las amenazas de la lucha de las clases populares sino también contra los peligros que entrañan las luchas

internas de la clase dominante, que pueden amenazar su dominio si la lucha obrera y popular es fuerte.

Y esa separación no es cosa de voluntad de un gobernante sino que se inscribe en el cuerpo mismo del Estado. La jerarquía burocrática y la obligación de obediencia, servicio público, responsabilidad y reserva de todos los funcionarios están destinadas a “separar” el Estado de los efectos o contagios de la lucha de clases. Recordemos, señala Althusser, que si bien los altos y medios funcionarios suelen pertenecer a la burguesía, la gran mayoría de los funcionarios, comprendidos los del aparato represivo, son de origen campesino, obrero o popular, por lo que la cadena de mando, la jerarquía estatal escalonada según niveles de responsabilidad, así como la ideología de la función pública, resultan decisivas para soldar agentes estatales provenientes de diferentes clases sociales (Althusser, 1978c/2003).

Que esté separado no significa que sea un Estado neutral. Todo el Estado está separado para poder ser un Estado de clase, para defender de la mejor manera los intereses de la clase dominante. Nada tiene que ver con la idea de autonomía: Marx y Lenin nunca han hablado de autonomía del Estado, subraya Althusser.

Contra la idea de una autonomía del Estado, Althusser recupera la fórmula marxista-leninista del Estado como dictadura de clase pues considera que permite señalar sin dejar lugar a dudas “la violencia del dominio de clase”, esto es, que el poder de la clase dominante está por encima de las leyes y excede el ámbito de la política para abarcar el conjunto de la vida social (Althusser, 1976b/1978; 1978c/2003).

En medio de su defensa del concepto de dictadura del proletariado como concepto científico que no puede ser interpretado en forma historicista, Althusser se empeña en sostener literalmente la expresión forjada por Marx de “dictadura de clase”, mucho más apropiada y justa que las “demasiado débiles” o “demasiado sabias” fórmulas de dominio de clase o hegemonía de clase (1976b/1978). Si tiempo después le parece más pertinente hablar de “dominio de clase” es para señalar con mayor precisión que la dominación de una clase o alianza de clases no se reduce al ejercicio de un poder político dictatorial sino que involucra el conjunto de las formas económicas, políticas e ideológicas (Althusser, 1978c/2003).

De todas maneras, la dictadura/dominio de clase no tiene por qué identificarse con la toma violenta del poder de Estado o con un gobierno político violento que ejerce su poder por decretos y por la fuerza, al margen de las leyes establecidas. Se trata no de la dictadura de un gobierno o de un régimen sino de la dictadura de una clase. Entonces, si bien las formas políticas mediante las cuales se ejerce esta dictadura de una clase en la lucha de clases son cambiantes (democracias parlamentarias, regímenes dictatoriales, etc.), en todas las formaciones sociales en las que hay clases, y por tanto, lucha de clases, se ejerce la dictadura/dominio de una clase sobre otras (Althusser, 1976b/1978).

Por lo tanto, decir que el Estado está separado de la lucha de clases no es suficiente. Para no caer en una teoría burguesa del Estado como árbitro objetivo o neutral en los conflictos de clase, que limitaría los excesos de esos conflictos haciendo triunfar el bien común, es preciso, una vez más, “hacer intervenir la reproducción”: si el Estado está separado es para asegurar la reproducción de las condiciones del dominio de la clase dominante.

Sostener que el Estado está atravesado por la lucha de clases “(...) es tomar los propios deseos por la realidad. Es tomar los efectos, incluso profundos, o las trazas de la lucha de clases (burguesa y obrera) por la lucha de clases misma. Pero, justamente, yo sostengo que el Estado, en su corazón, que es su fuerza de intervención física, policial y de alta administración, está hecho, en la mayor medida posible, para no ser afectado ni atravesado por la lucha de clases” (Althusser, 1978c/2003, p. 99).

Las contradicciones en el Estado, según arguye Althusser, pueden servir de punto de apoyo a las ambiciones de ciertas fracciones de la burguesía y, más importante aún, pueden resultar exasperadas por la lucha popular, pero sigue en pie que esas contradicciones por sí solas nunca han sacudido seriamente el aparato de Estado en su estructura y unidad. Por lo general, las contradicciones internas del Estado, entre sus diferentes órganos y/o instituciones, se desarrollan “dentro del orden” y en no pocos casos dan lugar a una rectificación auto-reguladora (aumento de sueldos, mejoras administrativas, etc.).

Finalmente, y esto también es decisivo para nuestro análisis, también hay primacía de la lucha de clases sobre el “efecto de consenso” o “efecto de hegemonía” producido por el funcionamiento de los aparatos del Estado. No hay que olvidar, señala

Althusser, que el “efecto de consenso de la ideología dominante” es siempre tendencial, inestable e inacabado, pues está sometido a la ley de la lucha de clases. En cada coyuntura, es el resultado de una larga y polifacética lucha de clases. La burguesía necesitó cinco siglos de lucha (XIV al XIX), en dos frentes externos, contra la antigua clase dominante y contra el proletariado, así como una lucha interna orientada (sin lograrlo nunca del todo) a la superación de las contradicciones entre sus diferentes fracciones, para forjar una ideología que finalmente se convirtiera en dominante (Althusser, 1976d/1978). La expresión “ideología dominante” no tiene sentido si no se contraponen con la expresión “ideología dominada”, siendo evidente entonces que el proceso de conformación de una ideología hegemónica conlleva una fuerte resistencia (Althusser, 1976a/1984).

Es más, siguiendo a Balibar (1988/2004), podría decirse que la ideología dominante no se constituye en dominante principalmente a partir de la universalización de la experiencia de los propios dominadores sino, sobre todo, a partir de la universalización del imaginario de los dominados, elaborando nociones (como las de justicia, igualdad, libertad) que pertenecen a las condiciones de vida de las masas. El efecto de consenso de la ideología dominante comporta así una contradicción latente, una grieta en la cual las masas puedan adueñarse de su propio imaginario para rebelarse contra el orden existente.

Reflexiones finales: la estrategia política de los movimientos populares

Dictadura de clase por encima de las leyes, máquina que reprime, sujeta y administra, aparato “separado” de la lucha de clases para poder intervenir de la mejor manera a favor de la reproducción de la clase o alianza de clase dominante: tales son las formas del dominio estatal que las organizaciones populares están obligadas a reconocer y estudiar en detalle, pero –y éste es el gran desafío para el filósofo francés– “sin dejarse atrapar por ellas” (Althusser, 1976d: 104).

La contaminación de la concepción de la política por parte de la ideología burguesa, que confina la práctica política al terreno del Estado, es para Althusser nada menos que el punto en el que se jugará o se perderá el porvenir de las organizaciones obreras y populares. Si pretenden “escapar al riesgo de entrar en el juego del Estado burgués”, conformando una fuerza realmente transformadora, las organizaciones de

lucha de las clases populares no tienen otro camino que modificar sus formas de organización para dejar de funcionar como “calcos” de los aparatos políticos burgueses (con una dirección intelectual, un cuerpo de funcionarios, etc.) y empezar a ser grandes orejas atentas a las iniciativas políticas novedosas de las masas surgidas por fuera del binomio partido-sindicato (movimientos feministas, juveniles, ecologistas, etc.), aunque resulten confusas y contradictorias.

Si bien Althusser se mantiene firme respecto del papel principal que les cabe a los partidos comunistas en un proceso emancipador, se muestra a favor de comprender, contra todo sectarismo, que los partidos obreros deben reconocer otros movimientos populares, otras iniciativas, pues “(...) las cosas se desarrollan así: no de la política a las masas sino de las masas a la política (Althusser, 1978a: 20). De este modo, defiende la idea de la realización de una alianza de clases lo más amplia posible en torno al núcleo fuerte de la clase obrera. La estrategia de una lucha de larga duración en el curso de la cual el movimiento obrero logra hegemonía sobre sus aliados (campesinos, pequeña burguesía productiva o empleada), conteniendo todas las reivindicaciones populares, es una tesis clásica de la teoría marxista leninista -y es este el sentido que tiene la hegemonía en Lenin, sobre las clases aliadas, no sobre el conjunto de la sociedad- que conserva toda su vigencia.

Lo esencial es no equivocarse en la estimación de la relación de fuerzas (Althusser, 1976b: 39 y 42), lo cual exige un análisis, una táctica y una estrategia que por encima de todo reconozca el eslabón decisivo y el momento oportuno para cada acción. “(...) para llevar la lucha de clases con toda su justeza y fuerza, se necesitan otras cosas que descripciones generales, estimaciones generales, criterios generales. Hay que entrar en el detalle, en todos los detalles, es decir, en lo concreto, en lo concreto de las relaciones de la lucha de clases, no sólo de la clase obrera y de los movimientos populares, sino también y antes que nada de la lucha de clases del imperialismo, en todos los terrenos, en la base, en la política y en ideología (Althusser, 1976b: 11).

Lo único que puede decidir una elección histórica, lo único que puede definir las formas apropiadas de organización y lucha de las clases populares, son las relaciones de fuerza entre las clases. Todo depende de la relación de fuerzas de la coyuntura (Althusser, 1976c: 68). En una democracia parlamentaria las contradicciones en el parlamento puede conformar indicadores remotos y deformados de los antagonismos de

clase, hallándose la burguesía completamente a salvo con un parlamento que “da vueltas en el vacío”, o bien pueden darse casos en que la lucha de las clases populares tenga tal fuerza que la burguesía vea con temor el resultado del sufragio universal (Althusser, 1976d: 92). Otro ejemplo: la cuestión de la intervención de las fuerzas armadas para regular los conflictos políticos depende también de la correlación de fuerza entre las clases en la coyuntura. Marx y Engels, señala Althusser, siempre contemplaron la posibilidad de un paso pacífico y legal al socialismo, por la vía electoral. Esto no se ha producido nunca, pero más adelante pueden surgir nuevas coyunturas. Además, incluso si debe hacerse una revolución, no hay que prejuzgar, no se debe tomar la revolución violenta como una incursión definitiva en la violencia continuada (Althusser, 1978c).

Dado que la relación de fuerzas está en continuo cambio, actuar políticamente significa captar la coyuntura histórica en sus tendencias contradictorias, tendencias que excluyen todo catastrofismo, toda política del cuanto peor mejor, pero también toda postura de una llegada al comunismo por la acumulación de reformas. La política tiene por objetivo modificar las relaciones de fuerza, y éstas son cambiantes, por lo que actuar políticamente para las organizaciones de las clases populares significa captar las coyunturas en sus tendencias contradictorias e intervenir mediante la aplicación de la iniciativa política en el punto débil del adversario, considerando siempre que no hay situaciones sin salida para el adversario.

El análisis en detalle de la coyuntura, esto es, de la situación concreta de la lucha de clases, resulta por lo tanto vital para las organizaciones políticas de las clases dominadas. Si la teoría marxista no es otra cosa que un rodeo para llegar a este análisis, es aquí donde adquiere toda su envergadura la tesis de la primacía del antagonismo. La primacía de la lucha de clases sobre el poder de Estado, sobre los aparatos del Estado y sobre los efectos de consenso/sumisión, tal como la plantea Althusser, invita a pensar, contra toda resignación ante el inmenso poder del Estado, la emergencia potencial de procesos –múltiples e impredecibles- de transformación y emancipación de las clases populares. No hay ningún “hecho consumado de la lucha de clases que escape a la lucha de clases” (Althusser, 1976d: 84).

Cualesquiera sean las formas de las luchas populares, un peligro las acecha: caer en la trampa del Estado. Ante el dilema político de si las clases populares pueden construir poder propio en el seno del Estado capitalista para transformarlo desde dentro,

Althusser es categórico: las luchas populares no han atravesado el Estado más que para desembocar en la política burguesa.

Las mejoras en las condiciones de vida de las masas (rutas, ferrocarriles, seguridad social, telefonía, educación, etc.) son una condición de reproducción de la fuerza de trabajo y una forma de intervención del Estado para hacer frente a las modernas formas de la lucha de clases (Althusser, 1978c: 143). Las nacionalizaciones, otro ejemplo, tampoco ponen en peligro el capitalismo: nacionalizar no es otra cosa que revestir el capitalismo de una nueva forma en la cual el Estado asume las funciones de la acumulación y la inversión mientras subsiste la explotación (1976b: 47).

Las masas populares, es decir, la unidad potencial de las clases dominadas bajo la hegemonía de la clase obrera, se encuentran divididas, por así decirlo, entre dos modos de existencia y organización, una existencia de sujeción que sigue el ritmo de los aparatos del Estado y una existencia comunitaria (intersticios del comunismo), en la cual hay siempre una insubordinación en ciernes.

Ante el dilema político de si las clases populares pueden construir poder propio en el seno del Estado capitalista para transformarlo desde dentro, Althusser es categórico: las luchas populares no han insistido con el Estado más que para desembocar en la política burguesa. Desde su óptica, si bien no puede negarse que las mejoras en las condiciones de vida de las masas (seguridad social, educación, etc.) expresan ciertas luchas históricas de las clases populares, son -ante todo- una condición de reproducción de la fuerza de trabajo y una forma de intervención del Estado para hacer frente a esas luchas y contenerlas mientras subsiste la explotación.

Referencias bibliográficas

Althusser, Louis (1962/1983). Contradicción y sobredeterminación. Notas para una investigación. En Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx* (pp. 71-106). México: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1963/1983). Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes). En Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx* (pp. 132-181). México: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1967/1990). Acerca de Gramsci. En Althusser, Louis y Balibar, Étienne, *Para leer El Capital* (pp. 13-17). México: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1965/1990). El objeto de El Capital. En Althusser, Louis y Balibar, Étienne. *Para leer El Capital* (pp. 81-209). México: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1968/1977). La filosofía como arma de la revolución. En: Althusser, Louis. *La filosofía como arma de la revolución* (pp. 9-20). México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Althusser, Louis (1970a/1977). Marxismo y lucha de clases. En: Althusser, Louis. *Posiciones* (pp. 63-68). Barcelona: Editorial Anagrama.

Althusser, Louis (1970b/1984). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Althusser, Louis (1973/1974). *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1975). Defensa de tesis en Amiens. En: Althusser, Louis. *Posiciones* (pp. 70-127). Barcelona: Editorial Anagrama.

Althusser, Louis (1976a/1984). La transformación de la filosofía. En: Althusser, Louis; Macherey, Pierre y Balibar, Étienne. *Filosofía y cambio social* (pp. 7-42). Buenos Aires: Ediciones metropolitanas.

Althusser, Louis (1976b/1978). Algunas cuestiones de la crisis de la teoría marxista y del movimiento comunista internacional. En: Althusser, Louis. *Nuevos escritos. La crisis del movimiento comunista internacional frente a la teoría marxista* (pp. 9-54). Barcelona: Laia.

Althusser, Louis (1976c/1978). Sobre el alcance histórico del XXII Congreso. En: Althusser, Louis. *Nuevos escritos. La crisis del movimiento comunista internacional frente a la teoría marxista* (pp.55-82). Barcelona: Laia.

Althusser, Louis (1976d/1978). Nota sobre los aparatos ideológicos de Estado (AIE). En: Althusser, Louis. *Nuevos escritos. La crisis del movimiento comunista internacional frente a la teoría marxista* (pp. 83-105). Barcelona: Laia.

Althusser, Louis (1976e/2008). Historia terminada, historia interminable. En: Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo* (pp. 249-260). Barcelona: Akal.

Althusser, Louis (1976f/2004). *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Akal.

Althusser, Louis (1977/2008). ¡Por fin la crisis del marxismo! En: Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo* (pp. 283-298). Barcelona: Akal.

Althusser, Louis (1978a/1983) El marxismo como teoría “finita”. En: Althusser, Louis y otros. *Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser* (pp. 11-21). Buenos Aires: Folios Ediciones.

Althusser, Louis (1978b). *Lo que no puede durar en el partido comunista*. Madrid: Siglo XXI.

Althusser, Louis (1978c/2003). *Marx dentro de sus límites*. Madrid: Akal.

Althusser, Louis (1978d/2008). El marxismo hoy. En: Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo* (pp. 317-329). Madrid: Akal.

Althusser, Louis (1992). *El porvenir es largo*. Barcelona: Ediciones Destino.

Althusser, Louis (1995). *Sur la reproduction*. Paris: PUF.

Balibar, Étienne (1988/2004). ¡Vuelve a callarte, Althusser! En: Balibar, Étienne. *Escritos por Althusser* (pp. 49-74). Buenos Aires: Nueva Visión.

Buci-Glucksmann, Christine (1978). *Gramsci y el Estado*. España: Siglo XXI.

García del Campo, Juan Pedro (2003). Althusser: un trabajo sobre la ideología y sobre los límites del marxismo. En: Althusser, Louis. *Marx dentro de sus límites* (pp. 7-17). Madrid: Akal.

García del Campo, Juan Pedro (2004/2005). Lo aleatorio y el acaecer: conocimiento e inmanencia contra la metafísica y contra el poder. En García del Campo, Juan Pedro y Vázquez García, Francisco (editores). *Er. Revista de Filosofía* 34/35 (pp. 209-226). Sevilla-Barcelona: Ediciones de Intervención Cultural.

Inda, Graciela (2016). "Masas populares y poder político en el campo marxista: la intervención de Louis Althusser entre 1962 y 1965". **Revista de Ciencias Sociales**. N°151. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. En prensa.

Jessop, Bob (1985). *Nicos Poulantzas: marxist theory and political strategy*. New York: St.Martin's Press.

Jessop, Bob (2014). Althusser, Poulantzas, Buci-Glucksmann: Elaborations of Gramsci's Concept of the integral State. Recuperado de <http://bobjessop.org/2014/02/01/althusser-poulantzas-buci-glucksmann-elaborations-of-gramscis-concept-of-the-integral-state/>

Montag, Warren (1996). Beyond Force and Consent: Althusser, Spinoza, Hobbes. En Antonio Callari and David F. Ruccio (ed.) *Postmodern Materialism and the Future of Marxist Theory. Essays in the Althusserian Tradition* (pp. 91-108). London: University Press of New England Hanover.

Thomas, Peter D (2013) Althusser's last encounter: Gramsci. En Diefenbach, Katja; Farris, Sara R; Kirn, Gal y Thomas, Peter D. *Encountering Althusser, politics and materialism in Contemporary Radical Thought* (pp. 137-151). Londres: Bloomsbury.